

EUCARISTÍA, MISTERIO DE LA FE

Valladolid
31 de mayo de 2018

+Julián Barrio Barrio
Arzobispo de Santiago de Compostela

I. INTRODUCCIÓN

En los últimos tiempos la participación eucarística de los cristianos se ha visto tergiversada. Esta tergiversación no sólo parece afectar a la Eucaristía en particular, sino a los sacramentos en general, por ejemplo, al sacramento de la Penitencia. ¿Cuáles son las causas de este fenómeno?

La causa principal parece concretarse en el hecho de que el hombre actual y, por tanto, también el cristiano, está orientado hacia el *hacer*, hacia el *producir*. La técnica nos ha llevado a contemplar *todos* los ámbitos de la vida como susceptibles de sometimiento y manipulables, como si fuese una especie de “procesamiento de datos”¹. Nadie negará que esta perspectiva técnica se haya introducido en muchos sectores de la vida y al mismo tiempo haya contribuido a que algunos problemas, a los que en otro tiempo no se les veía solución, hoy se presenten como solubles. Sin embargo, el punto de vista de que *todos* los ámbitos de la vida son manipulables con la ayuda de medios técnicos es absolutamente falso y allí donde se defiende esto, tal punto de vista conduce al hombre moderno a situaciones sin salida.

¹ Esta concepción se asienta sobre los cimientos de la concepción marxista, según la cual toda materia es comprendida como simple materia de trabajo. El hombre se convierte en el “homo faber”, que no tiene nada que ver con las cosas en sí, sino que las contempla como función de su *hacer*, del trabajo, del cual es su funcionario. Este mismo fenómeno se detecta en algunos miembros de la Escuela Filosófica de Frankfurt, cuando habla de la “instrumentalización de la razón”. A las cosas no se les pregunta qué son, sino para qué son. Cf. H. MARCUSE, *El hombre unidimensional*, Barcelona 1968.

Un ámbito de la vida cristiana, que por causa de una exagerada sensibilidad técnica se vio abocado a la crisis, es el de los sacramentos. En éstos no se trata en última instancia de nuestro hacer, sino de que nosotros estamos prestos en la fe a recibir de Dios la salvación, realidad que da sentido y consistencia a nuestra vida. Desde luego, este recibir es también una acción e, indudablemente, una acción de una profundidad de la que muchos hombres en la actualidad no parece que estén en condiciones de asumir.

El término “culto divino”, que se sigue utilizando en la actualidad para la celebración eucarística, resulta poco apropiado. “Culto divino” viene a expresar *nuestro* culto a Dios, es decir, algo que *nosotros* hacemos. Sin embargo, en la Eucaristía no se trata en primer lugar de lo que *nosotros* hacemos, sino de lo que *Dios* en Cristo ha hecho por nosotros y que *Él* nos dona hoy. Los primeros cristianos, que utilizaron la palabra Eucaristía para la liturgia principal cristiana, tuvieron una feliz habilidad y un profundo discernimiento. La palabra griega “Eucaristía” significa acción de gracias. Quien da gracias reconoce que ha recibido o todavía recibe algo. No está dispuesto a hacer o a dar algo, sino a recibir algo y a expresar en agradecimiento que ese don es necesario para él, pues vive de ese don. Mientras esta concepción no sea el fundamento, a partir del cual se vive la participación en la celebración eucarística, no se puede esperar una comprensión auténtica de la misma. Tal fundamento es sólo posible en la fe en que Dios nos puede obsequiar y también de hecho nos quiere obsequiar, en una palabra, en la fe en que Dios en Cristo ya nos ha obsequiado

“La Iglesia vive de la Eucaristía. Esta verdad no expresa solamente una experiencia cotidiana de fe, sino que encierra en síntesis el núcleo del misterio de la Iglesia. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres por medio del Espíritu Santo. Por tanto la mirada de la Iglesia se dirige

continuamente a su Señor, presente en el Sacramento del altar, en el cual descubre la plena manifestación de su inmenso amor”².

¿Qué es lo que realmente hace la Iglesia, cuando celebra la eucaristía y adora a Jesucristo en la hostia consagrada? A esta pregunta se responde especialmente a partir del concilio Vaticano II. Sin embargo, desde tiempo inmemorial la eucaristía ha sido considerada como el signo más perfecto y misterioso entre los sacramentos de la Iglesia. Acertadamente es considerada por el Vaticano II como “fuente a la vez que culminación de toda la vida cristiana” (LG 11)³, como la fuerza “en virtud de la cual vive, se edifica y crece sin cesar la Iglesia de Dios” (LG 26). Las palabras “Este es el sacramento de nuestra fe”, pronunciadas en el sacrificio de la misa por el celebrante tras la consagración, es una espontánea reacción al acontecimiento central de la eucaristía. En la celebración de este misterio la primera sensación que invade al fiel creyente es un asombro sincero, una admiración inmensa, una veneración profunda. Estas son las actitudes que tanto el teólogo como el creyente sencillo han mostrado al acercarse a un conocimiento profundo y contemplación de la eucaristía, puesto que el misterio insondable quiere ser conocido por la razón creyente y aceptado. Esto hace que la comunidad responda a las palabras del sacerdote: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección. ¡Ven, Señor Jesús!”.

A diferencia de todos los demás sacramentos, en la eucaristía no sale Jesús al encuentro del creyente solo en el poder santificador del signo sacramental, sino en sí mismo, en su propia persona. En los otros sacramentos, los signos sacramentales transmiten una presencia real dinámica, mientras que en la eucaristía se trata de una presencia real personal (DH 1639). En razón de esta posición central, a la eucaristía se la denomina también el sacramento de todos los sacramentos⁴.

Por todo ello, resulta apropiado que al comienzo de una charla que se ocupa de “La eucaristía, misterio de la fe”, se traigan a colación testimonios de la exaltación, de la admiración o de la

² JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, 1.

³ Cf. también JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, 1

⁴ Cf. TOMÁS DE AQUINO, S.th, III q.65 a.3: “potissimum sacramentum”.

glorificación de la eucaristía, aportados a través de los tiempos por grandes hombres del espíritu y de la fe. A continuación, teniendo en cuenta estos testimonios, se abordará la extraordinaria significación de la eucaristía para el individuo y para la comunidad eclesial, en cuanto que es la Iglesia quien hace la eucaristía, a la vez que recíprocamente la eucaristía crea la Iglesia.

Dado que Cristo es la cabeza de la Iglesia, el mismo Cristo es el sacerdote de la eucaristía. De esta forma, la eucaristía es simultáneamente *comida de comunión*, en la que Cristo se da a los suyos bajo las especies de pan y vino, y *sacrificio*, sacrificio de la Nueva Alianza en alabanza y acción de gracias, actualización incruenta del sacrificio cruento que ocurrió una vez por todas. De todo ello se colige que la eucaristía no solo presenta un único misterio, sino que es la intersección de varios misterios. Es el insondable misterio de la fe. Tal reconocimiento lleva necesariamente a la adoración de la eucaristía por ser la presencia del Cristo total bajo las especies de pan y vino. Esto es el resumen anticipado de lo que a continuación intentaré exponer.

2. LA EXALTACIÓN DEL MISTERIO DE LA EUCARISTÍA

Los grandes maestros espirituales de la eucaristía, en sus reflexiones teóricas, no han omitido nunca expresar la admiración sobre lo singular, lo asombroso de la eucaristía. Desde los inicios del cristianismo la primera comunidad celebraba con gozo la eucaristía: “Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones (Hech 2,46). Los testigos del pasado no mostraban esta actitud movidos por un sentimiento exageradamente lírico, sino por la idea de que el reconocimiento piadoso de la magnitud del misterio ofrece el mejor presupuesto para captarlo en fe y comprenderlo en profundidad. Tal es el caso de San Juan Crisóstomo, llamado *doctor eucharistiae*, quien afirma: “Lo que los ángeles ven temblando y no son capaces de contemplar sin temor, por el fulgor que desprende, con ello somos alimentados, somos unidos de forma que formamos un cuerpo y una carne con Cristo”⁵. Para San

⁵ JUAN CRISÓSTOMO, *Homiliarum in Matthaicum continuatio*, PG 58, col. 743. San Juan de Ávila glosa este texto del Crisóstomo como sigue: “¿En qué estábamos? En que este divino

Agustín, “hacerse partícipe de aquella mesa [eucarística] equivale a dar comienzo a la vida eterna”. Es el sacrificio que “sustituyó todos los sacrificios del AT que eran inmolados en previsión del futuro”⁶. Tomás de Aquino la denomina “el milagro de todos los milagros”⁷.

Entre los reformadores protestantes, Lutero, aunque ya no desde los prepuestos eclesiales, manifestó la más elevada consideración de tal singular sacramento. En su obra *Admonición al sacramento del cuerpo y la sangre de Nuestro Señor* denuncia la desconsideración coetánea de este sacramento, de la que él mismo no se considera inocente.

Incluso los tiempos modernos abundan en manifestaciones de la grandeza de este sacramento. Podíamos referirnos a Johann Wolfgang von Goethe, a Gertrud von Lefort, a Teilhard de Chardin, a Paul Claudel, etc. En todas sus manifestaciones se expresa la fascinación ante la riqueza y exuberancia de este misterio, en el que se condensa en sumo grado la realidad sacramental del cristianismo.

3. LA DIMENSIÓN DEL ACONTECIMIENTO SACRAMENTAL

A la vista de los citados testimonios, se puede afirmar que en la eucaristía se trata de un sacramento, que en cuanto al contenido posee una inmensa extensión con una extraordinaria significación. Para cada persona creyente, que participa en la celebración de la Santa Misa, la realidad primordial es que como persona singular, individual y limitada encuentra y recibe real y verdaderamente el cuerpo del Salvador y se une personalmente con él. En este caso al creyente se le dona no sólo como en los demás sacramentos una determinada fuerza y gracia desde el tesoro de la salvación, sino que recibe al Señor que pasó por la muerte y la resurrección, con el que se une en una íntima

sacramento es figura de lo por venir que hay en el cielo. Quando vas a comulgar llega con mucha reverencia, alabándolo y temblando de amor di: ‘Mi Dios de tan alta magestad está allí y yo, gusanillo miserable, llego a recibirlo, que así hacen en los cielos: *Quem laudant angeli, tremunt potestates*: tiemblan del solo estar en su presencia’. ¿Qué te parece que debes hacer tú, gusanillo miserable, que no solo estás en su presencia, sino que lo recibes lo que no hacen los ángeles?”: JUAN DE ÁVILA, *Libro Espiritual. Prosiguen los tratados del Santísimo Sacramento de la Eucaristía*, t. IV, Madrid, Imprenta Real, 1798, trat. XV, pág. 100.

⁶ AGUSTÍN DE HIPONA, *De civitate Dei*, XVII, 20: "Id enim sacrificium successit omnibus illis sacrificiis veteris testamenti, quae immolabantur in umbra futuri"

⁷ TOMÁS DE AQUINO, *Comentario a las sentencias de Pedro Lombardo*, IV, q. I a. 3 ad 3.

comuni3n personal. “*Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en m3 y yo en 3l*” (Jn 6,57s.). Lo esencial de esta uni3n del creyente con Cristo se hace especialmente comprensible en la doctrina teol3gica seg3n la cual incluso el cuerpo es afectado e influenciado de tal forma que la presencia de Cristo sacia y hace feliz a la totalidad del hombre, en cuerpo y alma. Seg3n Ignacio de Antioqu3a, la eucarist3a es “*medicina de la inmortalidad y ant3doto contra la muerte*”, es decir, como alimento y comida tiene su efecto sobre el receptor del alimento en su totalidad⁸.

Sin embargo, este primer efecto personal de quien recibe el cuerpo de Cristo no es el 3nico. La eucarist3a no es ning3n instrumento de la gracia reducido al individuo, sino que es el sacramento de la comuni3n eclesial, es comuni3n, no s3lo en el sentido de la 3ltima parte de la santa misa, sino que es un acontecimiento lit3rgico de comuni3n, que es celebrado por el ministerio de la Iglesia y que a su vez act3a sobre la comuni3n de la Iglesia⁹. En el lenguaje de la fe esto se expresa con las palabras de que “*la Iglesia hace la eucarist3a*”, en cuanto que convoca a los fieles bajo el sacerdote para ofrecer el sacrificio de acci3n de gracias, alabanza, reconciliaci3n y s3plica. Pero tambi3n se da lo contrario, es decir: “*La eucarist3a edifica la Iglesia*”¹⁰. Construye y consume la Iglesia como comuni3n de los creyentes, porque no hay ninguna comuni3n m3s 3ntima y profunda que aquella que nace cuando la Iglesia como cuerpo m3stico de Cristo se congrega para celebrar el verdadero cuerpo sacramental. Todo ello significa que el cuerpo eucar3stico determina, crea, fortalece y consume el cuerpo m3stico que es la Iglesia, de la cual la comuni3n celebrante es una parte significativa. Ambas dimensiones son expresadas por el papa Benedicto XVI, cuando dice: “*La Iglesia es celebraci3n de la eucarist3a y la eucarist3a es Iglesia. No es que marchen juntas, es que son lo mismo...*”¹¹.

⁸ Cf. D. BOROBIO, *Eucarist3a*, Madrid, BAC, 2000, p3g. 54.

⁹ Cf. M. GESTEIRA GARZA, *La eucarist3a, misterio de comuni3n*, Madrid, Cristiandad, 1983, p3gs. 268-420.

¹⁰ JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, cap. II.

¹¹ J. RATZINGER, *Teor3a de los principios teol3gicos. Materiales para una teolog3a fundamental*, Barcelona, Herder, 2005, p3gs. 60s.

Sin embargo, el carácter eclesial-comunitario de la eucaristía experimenta todavía una significativa ampliación que se extiende a lo inconmensurable. En el primer canon de la misa se hace referencia a que el ángel del Señor, “tu santo ángel deposite estas ofrendas sobre tu altar celestial”. Esto quiere decir que la liturgia terrena está unida con la celeste en la celebración del sacrificio de la misa. “En la liturgia terrena preparamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero”¹². Por tanto, celebramos la eucaristía no sólo en la comunión del pueblo de Dios que peregrina en la tierra, sino también en la comunión de los ángeles y santos del cielo.

4. CRISTO EL PRIMER SACERDOTE

Cristo es el primer sacerdote. Esta verdad ha encontrado una viva expresión especialmente en la fe eucarística de la Iglesia ortodoxa. San Juan Crisóstomo escribe: “Todo el santuario y el espacio en torno al altar están llenos de legiones celestiales en honor a aquél que está sobre el altar”. La liturgia terrena se une con la celeste y de esta forma la celebración eucarística se convierte en un acontecimiento supraterráneo, cósmico. Ello se debe a que el primero y auténtico sacerdote de la eucaristía es el mismo Cristo como cabeza de toda la Iglesia terrenal y celestial. Donde él actúa como cabeza universal, allí está congregado en él todo el cuerpo con todos sus miembros.

Este supremo carácter comunitario encuentra su expresión en el carácter de la eucaristía como comida de comunión, como comida del Señor, que se da a sí mismo a los suyos bajo las especies de pan y vino. Preformada en la cena pascual judía, establecida en la cena de despedida del Señor, es la anticipación de la comida definitiva celestial. “La Iglesia, mientras peregrina aquí en la tierra, está llamada a mantener y promover tanto la comunión con Dios trinitario como la comunión entre los fieles. Para ello, cuenta con la palabra y los sacramentos, sobre todo la eucaristía, de la cual vive y se desarrolla sin cesar’. No es casualidad que el término *comunión* se haya convertido

¹² Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum concilium*, 8.

en uno de los nombres específicos de este sublime misterio”¹³. Sin embargo, además de una comida de comunión, es también un sacrificio, el sacrificio de la Nueva Alianza en alabanza y acción de gracias, en reconciliación y súplica al Padre. Es el sacrificio de Cristo en la cruz hecho presente, pero también el sacrificio de la Iglesia, que le dejó el Señor como “sacrificio visible” (DH 1740).

5. EL SACRIFICIO DE LA CRUZ: CRUENTO ALLÍ, INCRUENTO AQUÍ

Con todo, hay que añadir que la Iglesia celebra también su propio sacrificio en la actualización del sacrificio de Cristo. Hace presente de nuevo el sacrificio de la cruz en virtud del ministerio sacerdotal de Cristo, toma en la mano el Cristo sacrificado y lo eleva en presencia del Padre. En este acto de la elevación del sacrificio de Cristo la Iglesia se identifica con su propio sacrificio, con la actitud de la autoentrega, de la acción de gracias, de la súplica y de la reconciliación. Une su propio sacrificio con el sacrificio de Cristo, surgiendo un único sacrificio, distinto del sacrificio de la cruz sólo en la forma de la ofrenda: allí cruento, aquí incruento.

De esta forma, en la eucaristía se actualiza el sacrificio del pasado. Sin embargo, el sacramento no está pensado sólo para el presente, sino también para el futuro del mundo y de la humanidad. Lucas comienza el relato de la celebración de la última cena con la promesa de la cena mesiánica al final de los tiempos, como expresan las palabras de Jesús: “*Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; porque os digo que ya no la volveré a comer hasta que se cumpla en el reino de Dios*” (Lc 22, 15s.). Lo mismo dice Jesús con respecto al cáliz: “*Os digo que desde ahora ya no beberé el fruto de la vid hasta el día que beba con vosotros el vino nuevo en el reino de mi Padre*” (Mt 26, 29). En cuanto que la Eucaristía contiene la muerte y la resurrección de Jesucristo, es un anticipo del reino de Dios que viene a nuestro mundo. Las palabras de Jesús determinan el carácter del sacrificio eucarístico que encierra el desvelo de Jesús por el reino del Padre y, al mismo tiempo, que nos quiere contagiar de esa preocupación, nos pone en el camino en el que él nos precedió. La celebración actual es entendida claramente como anticipo de una cena que tendrá lugar de

¹³ JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistía*, 34.

forma plena al final de los tiempos, cuando venga el reino de Dios (Mc 14, 25; Mt 26, 29). La eucaristía no es la consumación, pero tiende a ella, conduce a ella y casi la toca. La expansión del acontecimiento salvífico en la historia se convierte necesariamente en camino hacia la consumación y en la plenitud de la salvación.

El carácter escatológico de la celebración eucarística es asumido plenamente allí donde se transforma en un impulso de la esperanza en la consumación y se convierte en una fuerza de la realización de esta consumación. El antiguo pueblo de la alianza celebraba la pascua en recuerdo de la liberación de la esclavitud de Egipto y como paso de un pasado histórico-salvífico a un nuevo futuro, conducido por Dios.

El carácter de salida y de tránsito tenía su repercusión en la celebración en el comportamiento y ritual de los celebrantes. El momento escatológico de la eucaristía exige que también en la celebración central del pueblo de la nueva alianza se mantenga viva la experiencia de la salida, de la ruptura y de la peregrinación continua hacia la meta divina definitiva. De esta forma, la eucaristía se convierte para el creyente y para la Iglesia en el sacramento del camino, en el que pese al anuncio del fin próximo se tiene que experimentar la fatiga del peregrinar y la penuria del devenir. La proximidad de la consumación hay que reconocerla en la figura de la transitoriedad y en la envoltura de la fragilidad. Estos son, en resumen, los aspectos que nos permiten vislumbrar la riqueza inagotable y magnitud inconmensurable del misterio eucarístico, que abarca desde el encuentro más íntimo del Señor con el fiel creyente individual hasta la consumación del mundo futuro.

6. LA EUCARISTÍA, INSONDABLE MISTERIO DE FE

“Con esta expresión, pronunciada inmediatamente después de las palabras de la consagración, el sacerdote proclama el misterio celebrado y manifiesta su admiración ante la conversión sustancial del pan y el vino en el cuerpo y la sangre del Señor Jesús, una realidad que supera toda comprensión humana. En efecto, la Eucaristía es “misterio de la fe” por excelencia: es el compendio y la suma de nuestra fe. La fe de la Iglesia es esencialmente fe eucarística y

se alimenta de modo particular en la mesa de la Eucaristía. La fe y los sacramentos son dos aspectos complementarios de la vida eclesial. La fe que suscita el anuncio de la Palabra de Dios se alimenta y crece en el encuentro de gracia con el Señor resucitado que se produce en los sacramentos: La fe se expresa en el rito y el rito refuerza y fortalece la fe¹⁴. Examinada con detención la eucaristía no sólo presenta un único misterio sino que se nos manifiesta como el punto de intersección de varios misterios. “La Iglesia ha recibido la eucaristía de Cristo, su Señor, no solo como un don entre muchos, aunque sea muy valioso, sino como *el don por excelencia*, porque es don de sí mismo, de su persona en su santa humanidad y, además, de su obra de salvación. Esta no queda relegada al pasado, pues ‘todo lo que Cristo es y todo lo que hizo y padeció por los hombres participa de la eternidad divina y domina así todos los tiempos’”¹⁵.

Aquí está la presencia actuante de Cristo que es el auténtico Señor de la comida eucarística y que es representado por el sacerdote. Lo milagroso de esto se halla todavía más profundo en la particularidad de que el Señor de la comida es también la víctima sacrificial. Está presente en el altar y se deja presentar por la Iglesia ante el Padre en la reactualización del sacrificio de la cruz. Se trata de la especialmente misteriosa presencia bajo las especies de pan y vino, en las cuales su cuerpo y su sangre están y permanecen “verdadera, real y sustancialmente” (DH 1636) presentes; se trata de la denominada real presencia corporal. Sin embargo, cómo tiene lugar la unión del cuerpo de Cristo con el pan y con el vino, cómo se realiza, es un nuevo misterio que el Señor nos ha confiado, cuando en el cenáculo pronunció sobre las ofrendas las palabras de “éste es mi cuerpo” y “ésta es mi sangre” (Mt 26, 26.28).

En la actualidad no pocos reflexionan sobre estas palabras. Ciertamente permanece un misterio, pero no es nada irracional. Podemos sentir la razón divina que siempre se dirige a nuestra razón. Se puede vislumbrar un fondo, un marco y un contexto en los que se hace comprensible la presencia real corporal de Cristo en el sacramento. Tal presencia real es la consecuencia de la fe cristiana en

¹⁴ BENEDICTO XVI, *Sacramentum caritatis*, 6.

¹⁵ JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, 11.

la encarnación de Dios. El misterio de la encarnación deja reconocer que el cristianismo realiza la unión de lo divino con lo humano, con la naturaleza y con el mundo material. Si esta posibilidad real de la unión con Dios debía mantenerse al hombre en el transcurso de la historia, era muy justo que fuese asumida en la Eucaristía en la que el acontecimiento Cristo debía seguir manteniéndose en el mundo. Ciertamente, como enseña el concilio Vaticano II, hay diversas formas de presencia de Cristo entre los hombres: en la proclamación de la palabra, en la comunidad, en la fuerza de los sacramentos¹⁶. Dios siempre vincula su presencia a algo humano, natural, material. ¿Por qué no debería vincular su presencia a las especies de pan y vino? Para el fiel cristiano que cree en la encarnación esto no resulta absurdo. Así como Cristo estuvo presente en un cuerpo de hombre, también puede estarlo en las especies de pan y vino.

Precisamente aquí es donde aflora el misterio más profundo: pan y vino no pueden permanecer en su ser natural. El Señor no puede mezclar su ser transfigurado y esencia con el pan y el vino. Vincula su presencia no al pan y al vino, sino sólo a las especies, a las apariencias de pan y vino, mientras que la sustancia de estos materiales se transforma en la santa conversión, que es una transubstanciación, en el cuerpo glorificado y en la sangre de Cristo. Esto a muchos le parece ser contrario a la razón y pretenden solucionarlo con diferentes teorías, con lo que el misterio se diluye. Sin abordar tales teorías, se puede decir que la Iglesia sigue manteniendo la transubstanciación, aunque permanezca el misterio, que en cierto modo se clarifica a la razón. La línea fronteriza es la señalada por Pablo VI: "Toda explicación teológica que intente buscar alguna inteligencia de este misterio, debe mantener, para estar de acuerdo con la fe católica, que en la realidad misma, independiente de nuestro espíritu, el pan y el vino han dejado de existir después de la consagración, de suerte que el Cuerpo y la Sangre adorables de Cristo Jesús son los que están realmente delante de nosotros". En la última cena Cristo aseguró su amor hasta la muerte y explicó su destino y su misión en medio del rechazo por parte de Israel. "Creó dentro del

¹⁶ Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum concilium*, 7.

convite pascual unos signos nuevos que trascendían lo que la cena por sí misma puede significar y contener”¹⁷.

El misterio puede hacerse comprensible a la razón a través del conocimiento de que las cosas no sólo consisten en su apariencia externa, como enseñan el materialismo, el empirismo y el positivismo, sino que en la base de todas las manifestaciones hay algo permanente (lo que la filosofía clásica denomina “substancia”). Ese permanente es la realidad auténtica de cada una de las cosas. Es el fundamento ontológico más profundo de todo ser. A ese fundamento pertenecen la unidad interna, el orden, la constitución del correspondiente ser. Esta esencia interna es sustentada y mantenida por el Dios creador, que puede también transformarla. De esta forma, la transformación es aquel divino acto creador, en el que el pan y el vino se convierten en el cuerpo y en la sangre de Cristo, manteniéndose la apariencia externa y las propiedades visibles.

En Cafarnaún Jesús manifiesta que es el Pan de Vida y revela también la esencia misma de la Redención como “participación y comunión gratuita” en la misma Vida divina ofrecida a los hombres. La desconfianza de los fariseos, lejos de reducir el alcance del anuncio eucarístico hecho por Jesús provocó en él la más entrañable revelación de su conciencia filial: “La voluntad del Padre es que todo el que ve al Hijo y cree en él, tenga vida eterna y yo lo resucitare en el último día” (Jn 6,40).

Ante el misterio eucarístico no bastan ni la razón natural o buena voluntad, ni la sinceridad de corazón de los hombres, hace falta previamente el sentido de lo divino: don gratuito y previo a la fe amorosamente adelantado por el Padre Providente. Sólo el hombre espiritual, movido por la fe y llevado por el Espíritu Santo, juzga todo. “Nosotros tenemos el sentido de Cristo” dice san Pablo a los corintios. Todo esto jamás se alcanza si no es en la medida en que nuestra inteligencia, voluntad, aspiraciones y vivencias íntimas bajo el don de la fe, se dejen influenciar en actitud de humilde fidelidad por la acción divina del Espíritu Santo que mora en nuestras almas (cf. Rom 8,9-11).

¹⁷ O. GONZALEZ DE CARDEDAL, *La entraña del cristianismo*, Salamanca 1998, 465.

Tal reconocimiento del misterio tiene que tener consecuencias para nuestra vida. Abordamos así la adoración de la eucaristía.

7. ADORACIÓN DE LA EUCARISTÍA

Asombro y gratitud son los hilos con que debemos vertebrar nuestra actitud ante este misterio de la celebración eucarística. “La Eucaristía, presencia salvadora de Jesús en la comunidad de los fieles y su alimento espiritual, es de lo más precioso que la Iglesia puede tener en su caminar por la historia”¹⁸. La verdad de la presencia real de Cristo bajo las especies sacramentales es un punto nuclear de la fe eucarística, que une entre sí todas las líneas de este misterio y les aporta su sentido singular. A partir de este núcleo se proyecta luz sobre la adoración de la eucaristía como un sacramento permanente. Este culto es el resultado de un desarrollo legítimo en la conciencia de la fe. Este desarrollo se comienza a detectar en las primeras huellas de los comienzos en que en un primer momento se tributaba culto al sacramento dentro de la celebración de la eucaristía. Esto se deja ver en la exigencia de Cirilo de Jerusalén de una actitud de adoración y homenaje del hombre total para con la presencia del Señor sobre la misa. Significativas son las palabras de Agustín cuando dice: “Nadie come esta carne sin antes adorarla;... pecaríamos si no la adoráramos”¹⁹. La fe en la presencia real y personal de Cristo permite convertir este sacramento también en el objeto de un encuentro personal con el Señor eucarístico, aunque el evento de la celebración haya tenido ya lugar²⁰.

Por esta razón, ya la comunidad cristiana más antigua mantenía las ofrendas eucarísticas fuera de la celebración y se las llevaba a los enfermos. De aquí que ya desde un principio naciese la conciencia de que estas ofrendas habían de ser tratadas con reverencia y piedad. Por citar un ejemplo, Tertuliano en varios lugares de su obra exige veneración y respeto especial respecto al pan consagrado.

¹⁸ JUAN PABLO II, *Ecclesia de Eucharistia*, 9.

¹⁹ AUGUSTINUS, *Enarr. in Ps. 98*, 9. PL 37, col. 1264.

²⁰ Cf. Karl RAHNER, “Sobre la duración de la presencia de Cristo después de la recepción de la comunión”, *Escritos de teología*, Madrid, Taurus, 1961, págs. 397-407; DÍEZ VALLADARES, *Acoger la presencia. El culto eucarístico fuera de la Misa tras la reforma litúrgica del Vaticano II*, Salamanca, Secretariado Trinitario, 1998.

Es a partir de la época en la que se acentuó y clarificó la conciencia de la presencia real de Cristo en la disputa con Berengario de Tours y en el asentamiento de esta presencia, especialmente a raíz de la institución de la festividad del Corpus Christi (1264) en la Iglesia de Occidente, cuando se difundió cada vez con más intensidad la adoración eucarística fuera de la celebración de la misa. El concilio de Trento en la disputa con los reformadores dio a esta adoración la fundamentación doctrinal, que radica básicamente en la real y personal presencia de Cristo (DH 1656s.).

8. CONCLUSIÓN

La eucaristía es, pues, la expresión, la imagen o el símbolo sacramental más elocuente y significativo del encuentro del hombre con Cristo. Como conclusión a esta charla, titulada *Eucaristía, misterio de la fe*, creo que puedo hacer la afirmación de que en la celebración de la eucaristía se refleja la vida, la estructura y la acción de la comunidad, hasta tal punto que aquí es adecuado aquel dicho de: “Dime cómo celebra la eucaristía una comunidad y te diré cómo vive esa misma comunidad”. El estilo de celebrar es sin duda el estilo de vivir y viceversa. Por ello la manera de participar y desempeñar sus ministerios los fieles en la asamblea eucarística manifestará la manera de participar y desempeñar estos ministerios en la vida comunitaria; manifestará la plenitud del encuentro del fiel cristiano con Jesús.

Evidentemente, la participación en la eucaristía ha mejorado en los últimos años, favorecida por la renovación litúrgica, en general, y por la renovación eucarística, en particular. Sin lugar a dudas, han tenido lugar cambios significativos. Así, en la celebración eucarística hemos pasado, en primer lugar, *del individualismo al sentido comunitario*. En gran parte se ha separado la actitud individualista, que iba acompañada de una piedad personal o de devociones privadas y atendía casi exclusivamente a la dimensión vertical o relación con Dios, marginando la comunidad. Sin abandonar la dimensión vertical, hoy se aprecia un mayor sentido comunitario, una atención preferente a la oración y acción común, una conciencia de responsabilidad en los distintos servicios de cara a la comunidad.

Hemos pasado, en segundo lugar, *del asistir a misa al celebrar la eucaristía*. Ya no es lo más frecuente que los miembros creyentes de la comunidad expresen su relación con la eucaristía diciendo: “He asistido a misa”, o “he oído misa”. Más bien se ha extendido la costumbre de decir: “He participado en la eucaristía”. Este cambio es significativo, porque indica una comprensión de la misa más festiva y comunitaria, menos individualista y pasiva.

Hemos pasado, en tercer lugar, *del cumplir con el precepto dominical al celebrar la fe*. En la actitud y en el comportamiento eucarístico de no pocos cristianos estaba y está la fuerza del precepto, el temor al pecado, el impulso de la costumbre y comportamiento social. Pero creo que hoy se dan suficientes condiciones de libertad y posibilidades de celebración como para que cada creyente se sienta verdaderamente libre al participar en la eucaristía. Ya no es frecuente, sobre todo entre los jóvenes, que se “vaya a misa para cumplir”. Más bien se dice que *se participa en la eucaristía para celebrar la fe*.

Por supuesto, que estos cambios no son sino indicativos y que falta aún mucho camino por recorrer, porque el ideal está lejos. Existe el peligro real de que junto a la participación se extiende a veces una desfiguración de funciones; junto al sentido comunitario, un olvido de la celebración del misterio de la real presencia y del sacrificio de la cruz; junto a la acción y al gesto, una pérdida del valor del silencio, de la contemplación y del culto, cuando no una nueva pasividad y automatismo ritualista...

Por encima de los cambios en la celebración de la eucaristía, con la correspondiente influencia en el culto sacramental, hay que tener siempre presente que la eucaristía es el mayor y el principal de los sacramentos, de donde podemos decir que parten y nacen y hacia donde convergen como a su plenitud todos los demás, que encuentran así en la eucaristía como su sello y su consumación. La eucaristía se destaca como el sacramento fundamental, en el que la presencia y la actuación del Señor se prolongan en su cuerpo en un misterio de comunión, que es a la vez gracia, encuentro pleno, reconciliación y, por ello, el momento culminante de la salvación. Fray Luis de León, en su pequeño poema “Preguntas de amor”, trata de

descifrar el insondable misterio de la fe, que es la eucaristía, en forma de preguntas sin respuesta, como no podía ser de otro modo:

Si pan es lo que vemos, ¿cómo dura, sin que comiendo dél se nos acabe?
Si Dios, ¿cómo en el gusto a pan nos sabe? ¿Cómo de sólo pan tiene figura?
Si pan, ¿cómo le adora la criatura? Si Dios, ¿cómo en tan chico espacio cabe?
Si pan, ¿cómo por ciencia no sabe? Si Dios, ¿cómo le come su hechura?
Si pan, ¿cómo nos harta siendo poco? Si Dios, ¿cómo puede ser partido?
Si pan, ¿cómo en el alma hace tanto? Si Dios, ¿cómo le miro y le toco?
Si pan, ¿cómo del cielo ha descendido? Si Dios, ¿cómo no muero yo de espanto?